

LA CIUDAD HISTÓRICA: DETRÁS DE LAS FACHADAS, LA FORMA DEL SUELO

THE TRADITIONAL CITY: BEHIND THE FAÇADE, THE SHAPE OF THE GROUND

José Luis GÓMEZ ORDÓÑEZ * y Celia MARTÍNEZ HIDALGO **

RESUMEN

Se parte de una experiencia docente en la ETS de Arquitectura de Granada que propuso a los alumnos el ejercicio de hacer y sentir unos paseos por la ciudad. Tras esbozar esta experiencia, se prosigue reflexionando sobre la compleja naturaleza de las transformaciones urbanas y la necesidad de prestar más atención a la forma urbana y a los procesos de evolución de cada ciudad en particular, comúnmente desatendidos por las historias urbanas que se anclan en factores generales de las naciones. Se describen los procesos de especialización comercial y terciaria y de vaciado residencial de nuestros centros históricos, cuyo significado espacio-temporal se va desvaneciendo. La calle especializada para circular es un ejemplo de esta pérdida. El estudio morfológico y parcelario se plantea como la base de un reencuentro con la memoria.

Palabras clave: ciudad histórica, historia urbana, morfología, reforma urbana.

ABSTRACT

The starting point is a teaching experience at the ETSAG (School of Architecture, Granada), which proposed to the students the feeling walking around through the city. The paper, after outlining this experience, continues arguing on the complex nature of urban change and recommends paying more attention to the urban morphology and to the processes of evolution of particular cities, commonly neglected by urban stories that are anchored in general, national, social and economic factors. It describes the processes of commercial and tertiary specialization and the residential emptying of our historic centers, where the meaning of space-time is fading. Arterial streets, specialized for traffic, are an example of this loss. The morphological study is proposed as the basis for an encounter with memory.

Keywords: historic city, urban history, morphology, urban reform.

* José Luis Gómez Ordóñez (jlgomez@ugr.es) es catedrático de urbanismo, Universidad de Granada (España).

** Celia Martínez Hidalgo (celiamarmar@gmail.com) es arquitecta e investigadora, Universidad de Granada (España).

1. Introducción

Este artículo presenta una reflexión sobre algunos aspectos del urbanismo de los centros históricos que pueda orientar decisiones de intervención sobre ellos; los monumentos, las calles y la morfología parcelaria son referidos en relación a procesos de transformación inducidos por el uso, las ordenanzas y los proyectos. Para ello se observa la ciudad de Granada desde el convencimiento de que el urbanismo es una teoría de la práctica y avanza por inducción: sin el vigor de las observaciones de cada ciudad, los principios genéricos resultan banales.

Se adopta una perspectiva arquitectónico-urbanística y trata de demarcarla y confrontarla con algunas aproximaciones historicistas habituales a la ciudad histórica. Las reflexiones expuestas arrancan de un trabajo docente, lo que parece oportuno señalar para mostrar la fértil relación que cabe establecer entre las actividades de docencia e investigación, que nuestras universidades tienden a segregar.

2. Una experiencia docente

En un curso dedicado al estudio de las ciudades mediterráneas, mientras Granada ocupaba la cabeza y el tiempo de trabajo personal de los estudiantes, las lecciones dictadas repasaban episodios importantes de la construcción de diversas ciudades como Cartagena, Barcelona, Marsella, Toulon, Aix en Provence, Ferrara, Bari, Venecia, Belgrado, Atenas, Tesalónica, Esmirna, las dos Trípoli, Beirut, Damasco, Alejandría, El Cairo, Túnez, Argel, Orán, Rabat y Casablanca. Se intentaba componer un cuadro del anillo de ciudades contorneando el mar Mediterráneo, un espacio a la vez integrado y dual, en una atmósfera temporal de larga duración, la de sucesión de civilizaciones, imperios y naciones. Granada aparecía en ese discurso, de manera explícita, sólo fugazmente, como un proyecto abortado de una gran capital de la contrarreforma europea del imperio de Carlos V, a principios del s.XVI¹, el tiempo dibujado en la Plataforma de Ambrosio de Vico; ello después de (y debido a) haber sido una ciudad relevante de la civilización árabe y la última y más avanzada expresión del Islam en el occidente europeo, con descripción cartográfica en el plano de Seco de Lucena.

A los estudiantes –con una importante presencia de Erasmus–, se les pidió que contribuyesen al relato de la urbanidad mediterránea, desde su experiencia sensorial en unos “paseos por Granada”, realizados con una guía de viaje en las manos: una serie de planos de la ciudad que recorren un arco de tiempo que llegaría hasta el s. XX, conteniendo, además de los dos ya citados, los Dalmau, Contreras, Bertuchi, Instituto Geográfico Nacional y actuales. Los estudiantes caminaban por Granada conociendo la pregunta de Lynch, “de qué tiempo es este lugar”, registrando el espesor temporal inscrito en la ciudad de hoy. Su compromiso no era más, ni menos, que pasear “sintiendo” esa experiencia espacio-temporal y aceptar el propósito docente de estimular el uso de, y el afecto por, la herramienta descriptiva y explicativa de la

¹ Ver artículo del profesor Juan Calatrava en González y Calatrava (2012).

cartografía. Contaban también con el acompañamiento bibliográfico de unos pocos estudiosos de la historia del urbanismo de la ciudad².

No hay que leer o interrogar de la misma manera este trabajo de los estudiantes de arquitectura que el de los historiadores que relatan los acontecimientos urbanos situándolos en su tiempo y contexto, registrando los nombres de los actores principales y –sólo a veces– atendiendo a los procesos e instrumentos reguladores de las transformaciones urbanas; casi siempre ocupados en aclarar y afirmar el objetivo central preestablecido, muy general, de sus indagaciones: la construcción de la ciudad nobiliaria-imperial, de la ciudad neoclásica, de la ciudad burguesa, de la ciudad moderna, enmarcando estos episodios en la atmósfera ideológica de sus tiempos (el cristianismo redentor del Islam, la Ilustración, el liberalismo, el fascismo...).

Para nuestro compromiso docente, el “test” de legitimidad del trabajo vendría evaluado por la medida en que los alumnos, a través de este ejercicio, fuesen seducidos por la percepción del impulso vital que manifiestan las ciudades en su evolución, y por cuánto este trabajo personal pudiese ayudar a hacerles más conscientes de su responsabilidad como arquitectos en la construcción de las ciudades, en sus proyectos, aprendiendo a leer el presente sin “presentismo” y orientando desde ellos un futuro ligado a las raíces, sin desvanecerse en una atmósfera sin pasado.

Carne y piedra, las ciudades se construyen, como dice I. Calvino, como los arcos, con dovelas: sin dovelas no hay arco pero aquellas no se sostienen sin él. Sin idea de forma global, sin conciencia de proceso acumulativo, no hay ciudad, como tampoco la habrá sin el registro de hechos urbanos, sin la aportación de la significación urbana de cada lugar de la ciudad. Nos parecía pedagógicamente positiva la experiencia cívica basada en la percepción de la diversidad y acumulación de los episodios que van construyendo la ciudad.

Consecuentemente con lo apuntado, la idea de que cada estudiante hiciera un recorrido minucioso por la ciudad, entre dos lugares significativos, tenía que ver con que su posterior puesta en común, en sus explicaciones ante los compañeros, supusiera un conocimiento más completo de la ciudad y, sobre todo, con esa idea de que una buena sección urbana, como corte estratégico en un tejido (Solà-Morales, 1994), puede explicar más que la acumulación de lugares poco intensos desperdigados por toda la ciudad. En la Figura 1 pueden verse algunas imágenes de esta experiencia docente.

² Referidos en la bibliografía aparecen los principales textos de dichos autores: Anguita, Barrios, Calatrava, Isac, Juste y Viñes.

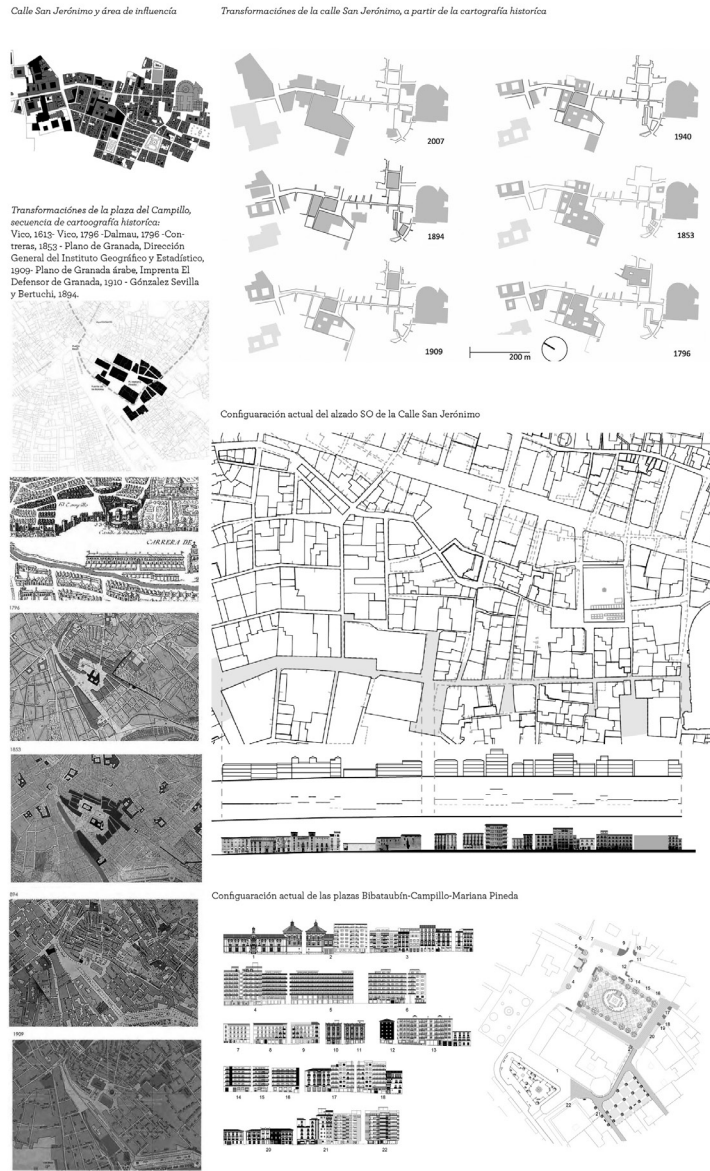


Fig. 1. Paseos por Granada (Calle San Jerónimo y Campillo, curso E.T.S.A.G. 2012-2013).
 Fuente: Imágenes de los trabajos de los estudiantes de Monográfico de Urbanismo: San Jerónimo (Carlos González Moreno, Isidora Karan, Jovana Milosevic y Luigi Murac), Plaza del Campillo (Rocío Fornieles Ruiz, José Pinto Carrión, Mariano López Villacañas e Isabel Aurora Ruiz Ruiz y Lucas Arellano Ferrero, Elena Fernández Jiménez y Miriam Fernández Jiménez). Profesores, José Luis Gómez Ordóñez y Celia Martínez Hidalgo.
 Alzados de San Jerónimo y planta de las transformaciones parcelarias.
 Fuente: Lidia Yenn Leung Lirio (2014).

3. Memoria y tiempo

Para el urbanismo que se ejercita en la mayor parte de las escuelas de Arquitectura, la atención proyectual es esencial. Si la ciudad se ha construido a partir de sucesivos proyectos en el tiempo, estudiar hoy los lugares de la ciudad significa captar en ellos su potencial de adaptación, digamos mejor, su vitalidad actual (Karan, 2015) y su adecuación para proyectarse hacia el futuro, con un simultáneo compromiso de preservación de la memoria y de revitalización de la vieja fábrica urbana. La ciudad central de hoy –hablamos de y desde Granada– está solicitada de manera radicalmente diferente a la de otras épocas, incluso recientes, por las oleadas de turistas recorriéndola y usándola; por decenas de miles de estudiantes –pongamos 20.000– viviendo en sus casas; por la ocupación creciente de oficinas, despachos profesionales, comercios, usos de hostelería y ocio exigida por la actual condición de centralidad de una aglomeración cercana al medio millón de habitantes y con su potencial centralidad en un sudeste ibérico. Cuando paseamos por el entorno del antiguo Colegio de San Pablo, antes de Santiago y San Bartolomé, hoy organizado en torno a la Facultad de Derecho, nos ayuda saber de su construcción por los jesuitas, en la poderosa Granada de la decadente España de la Contrarreforma, reconocer en las calles Escuelas-Silencio, junto al Jardín Botánico, la traza de la vieja muralla, apreciar los ensanchamientos y estrechamientos de la calle San Jerónimo y las subidas y bajadas de altura de sus casas de fachada, registrar el pulso actual de los cambios en la esquina de las calles Colegios-Duquesa, en la Placeta de Zárate, en el Postigo Veluti y la calle Candiota... (Fig. 1). Pero la inquietud y la responsabilidad que sentimos como urbanistas es la de responder, con sentido y sutileza, otorgando resistencia y/o dando forma adecuada, a las transformaciones urbanas, empujadas, como siempre ha ocurrido, por el beneficio económico de la renovación, hacia la degradación natural e inducida del viejo caserío; aprendiendo de los errores cometidos en esas torpes transformaciones residenciales (vayamos matizando la denuncia de las causas externas desde el autoexamen de nuestra responsabilidad como técnicos, por acción u omisión) de los años 70, que pueden hoy ser apreciadas en edificios como el colegio de farmacéuticos, que se ha apoderado con desmesura del paisaje tan hermoso de la calle San Jerónimo entre calle Candiota y el adarve-callejón de San Jerónimo (Fig. 1). Aprendiendo a integrar diversas políticas: de movilidad, rehabilitación residencial, ordenanzas de edificabilidad, de composición de fachadas y de regulación de usos, de pavimentación y servicios urbanos, de conservación del patrimonio y su modernización..., como vectores de un único proceso evolutivo, de manera que las diversas herramientas del proyecto-plan urbanístico no aparezcan como invenciones temáticas (y campos especializados de dominio profesional) de un urbanismo genérico en el que las miradas sectoriales ocultan la identidad compleja de cada lugar en cada ciudad.

Para esta sensibilidad no bastan, aunque su conocimiento sea una ayuda estimulante, los registros de los cambios que muestran los planos sucesivos de la ciudad, ni su encuadre histórico remitiendo a la desamortización, la modernización burguesa, el destino neo-imperial querido por Gallego Burín para la Granada de 250.000 habitantes (los que tiene hoy), el “abusivismo” de los 70’s del s. XX o el proteccionismo fundamentalista (dime de lo que presumes...), pintoresquista y estéril de los últimos 30 años.

Suelen equivocarse esas historias del urbanismo que describen hechos de destrucción-construcción de la ciudad en momentos concretos, encuadrándolos en circunstancias, bien políticas (sean la Catedral, la Chancillería o la Iglesia de San Jerónimo, en la Granada de Carlos V, o la calle Ganivet, el Campus de Fuentenueva y la barriada comandante Valdés del nacional-fascismo de Franco), sociales (la Gran Vía de la burguesía bancaria y del azúcar o la Antequeruela de los repobladores de la Granada post-árabe) o económicas (como el continuo goteo de derribos y nueva construcción de edificios, impulsado por el negocio inmobiliario); suelen errar, o tener escaso valor explicativo, al mirar lo particular desde lo general, al pasar por alto las sutiles –o no tanto– diferencias entre hechos urbanos que, aunque tengan el mismo nombre genérico, calles, plazas, edificios... se encajan en morfologías parcelarias y en posiciones urbanas muy diferentes.

Sin duda que el conocimiento urbanístico se enriquece con tales encuadres genéricos (tan útiles para explicar los cambios de estructuras y coyunturas socioeconómicas y políticas, especialmente a nivel nacional) pero no más que con el estar al corriente de lo acontecido en otras ciudades, incluso de otros países, en ese tiempo, así como podría estar muy orientado por el análisis de las controversias teórico-profesionales de su época. El urbanismo puede tener acentos arquitectónicos, sociológicos, culturales... pero deberá tejer su trama discursiva en relación a herramientas de trabajo propias de su enfoque; y necesitará siempre de la consideración del espacio, en sus diferentes escalas, como variable explicativa fundamental, encajando el tiempo como variable discontinua y no unidireccionalmente orientada. Efectivamente, en el encadenamiento espacio-temporal, ciertos hechos se explican mejor desde los consecuentes que desde los antecedentes y un fenómeno del s. XXI puede estar más relacionado con otros de siglos atrás que con los de la década anterior.

En definitiva, puede pensarse que, para el propósito proyectual, propio de un urbanismo centrado en la arquitectura, resultan, en general, poco relevantes las fechas de los episodios, la periodificación y su encaje histórico general, su ideología y horizontes culturales. En cambio, es de mucho interés conocer qué elementos materiales se construyen, cómo y dónde, ya que de estos qué, cómo y dónde, depende en buena medida su significado cultural y social, y la intensidad y el confort de la experiencia perceptiva de esos lugares en nuestro uso diario, así como el carácter de los procesos evolutivos que prefiguran su futuro (gentrificación o “gentilización”, pauperización, “terciarización”, “monumentalización”...).

El gran relato histórico ha tendido a apropiarse, con instrumentos muchas veces inadecuados, el veredicto sobre la ciudad, considerándola como el teatro de la memoria y presentándonos los escenarios urbanos como personajes desmemoriados, de olvidado pasado e incierto futuro, a los que el saber histórico les confiere significado. Un buen relato sobre la desmemoria y la invención, pertinente a este respecto, sería «Come tu mi vuoi» (Pirandello, 1979, referencia central en «El teatro de la memoria», de L. Sciacia, 1981). Efectivamente, los historiadores tratan de animar esos escenarios representando en ellos acontecimientos de un tiempo pasado que sirven para otorgarles identidad y potencia simbólica³. Pero tal ejercicio

³ Vid. a este respecto la referencia a Maurice Halbwachs en Ricoeur, «La memoria, la historia y el olvido», cap. IV, “La memoria fracturada por la historia”.

histórico está siempre lleno de dificultades. La historia urbana se mueve en un campo de minas, no pocas de ellas colocadas por el propio historiador.

Se quiere sugerir que hay otra manera de mirar ese escenario del pasado que no es, por poner un ejemplo granadino, evocar la corte de los monarcas nazaríes en el escenario –construido realmente en el XIX– de la Alhambra, sino el de atender al hecho de su proyecto y construcción, sus sucesivas destrucciones, rehabilitaciones y reconstrucciones. De esta manera se convierte el monumento en un asunto matérico, de agua, luz, color, proporciones, medidas y ornamento con lo que ello tiene de escenario de la sociedad de su tiempo. Su experiencia sensorial y estética es energizante y hace del monumento, de cualquier escenario arquitectónico urbano, un lugar capaz de operar como nudo entre pasado, presente y futuro. Se trata, se diría, desde nuestra mirada arquitectónica urbana, de buscar la respuesta física y social a los problemas que plantean el presente y el futuro de la ciudad. Cuando la forma física deviene el foco, la historia y la geografía son herramientas poderosas pero colaterales; el urbanismo pasa a tener sus propios estímulos intelectuales, angustias, esperanzas y ansiedades cognitivas, desplegándose como un territorio disciplinar transversal, zanjado, irrigado desde la arquitectura de la ciudad. Por ello es de interés registrar la ciudad como una trabazón de lugares discontinuos –recordemos aquello del espacio como tiempo condensado– más que como una sucesión de tiempos. Por eso, también, sugerimos a los estudiantes el recurso al paseo, tan clásico, por otra parte en las historias urbanas⁴. En nuestro caso, repetimos, el paseo no es tanto un recorrido como una sección, un corte en un tejido que revele las diferencias y aflore a la superficie los espesores trasdosados de la fábrica física de la ciudad. Trátase de un intento de objetivación, desde el estímulo de la experiencia subjetiva, tan esencial en la tarea pedagógica y tan propia de la lectura de cualquier obra abierta como es, por excelencia, la ciudad. Cómo son los “detrases” ocultos tras las fachadas que vemos desde la calle (viene al caso recordar la magistral lección de C. Aymonino descubriendo en París la persistencia de la trama urbana medieval tras las fachadas de los bulevares del Segundo Imperio), ha sido una cuestión que ha recibido, en la ciudad histórica, respuestas marcadas por el discurso conservacionista pertrechado con el arsenal archivístico, que en Granada es representado de manera excelsa por el “arqueologismo” de M. Gómez Moreno en su guía de finales del XIX. Son notables, entre los trabajos más recientes de este tipo, los de los historiadores granadinos J.M. Barrios Rozúa (1998) y R. Anguita Cantero (1997).

Detengámonos un momento en caracterizar una frecuente patología de mirar al pasado con un llanto fúnebre. Pero, ¿cómo no van a morir las piedras si los valores, la cultura, los mitos que las levantaron y que gracias a ellas se afirmaron, ya no están vivos entre nosotros? ¿Quién y por qué va a defender su permanencia? Aquellos muros fueron derribados o transformados porque otros objetivos necesitaban su desaparición, para así abrir paso a nuevas construcciones. Razón hay para denostar que lo nuevo se produzca, las más de las veces, con rastacuerismo, pero no se trata de una batalla entre lo viejo y lo nuevo, de que haya que cambiar, como una moda que se extingue, el traje del que la sociedad se ha dotado –imagen de Ganivet en «Granada la bella»– sino de una exigencia de conservación de una civilización que necesita de la emergencia de lo nuevo y eso sólo puede producirse, al menos

⁴ Fray Juan Velázquez de Echeverría (1768), Simón de Argote (1805), Sánchez Mesa, Titos Martínez y del Amo Hernández (1993) y López, Muñoz y Calatrava (2000).

en parte, sobre las ruinas de lo antiguo; a lo muerto, rehabilitado, reconstruido o reinventado, (hay mucho falso histórico en nuestras ciudades al servicio de mitos de grandeza de las ciudades y las naciones y de la economía turística) se le ennoblece construyendo su memoria, animando el escenario del teatro; así las ciudades, como las generaciones, se suceden a sí mismas. En este punto cabe preguntarse qué significa la ilusión del turista en Granada, visitando hoy la Alhambra, la tumba de los Reyes Católicos, el monasterio de los Jerónimos o el recinto de los Colegios de Santiago y San Bartolomé; esa ilusión, en el caso del visitante culto, supone reentender, revivir en su conciencia aquel tiempo de la Europa de Carlos V, pero en un espacio que ya es “otro”; una experiencia parecida a la de la lectura de los libros de la memoria de la ciudad.

Los barrios históricos, como los monumentos, siempre han ido triturando preexistencias, modernizándose; y, como los monumentos, han aplastado y se han construido sobre los cimientos de los antiguos. Pero, bien mirados, ¿de qué tiempo son? Desde luego no del que pretenden y consiguen evocar. Al igual que la Alhambra, el Albayzín, la Plaza Bib-Rambla, la calle Mesones, la Plaza de la Trinidad..., presentan en su constitución más materiales de apenas unas decenas de años de antigüedad que de la época histórica en que quedan registrados en el plano de la ciudad. Parece importante, pues, protegerse del deslumbramiento del pasado, que quizás en la misma medida que el presente aparente, ciegan la comprensión de los procesos socio-espacio-temporales de esos imanes de energía que suponen las ciudades. El profesor Anguita Cantero, estudioso de los pormenores de las transformaciones urbanas de la segunda mitad del XIX en la ciudad de Granada –una ciudad que en 1900 tenía los mismos habitantes que en 1800, unos 70.000–, titula uno de sus trabajos «Alinear, derribar y reedificar» y da cuenta, con minucioso detalle, de las transformaciones producidas en el entorno de la calle Mesones. En el negocio urbano del XIX, la historiografía enseña cómo se va abriendo paso (en la Granada de una España exangüe, este fenómeno se produce minimizado y con retraso respecto a las grandes ciudades españolas y europeas) la construcción de la residencia burguesa en forma de inmuebles de pisos para alquilar. Con ingenio y sorna, habla Ganivet de la nueva costumbre del “pisamiento” en lugar de “casamiento”, de poner piso en lugar de poner casa, refiriéndose al deseo de vivir en un pisito y no en una casa-patio. En las siguientes décadas, los bajos comerciales suponen otro acicate a los derribos y reconstrucciones, en la conformación de lo que pasa a ser y llamarse centro histórico o casco antiguo en ese salto de crecimiento de población –y de suelo y estructura de la ciudad ampliada– que se dobla, en el caso de Granada, entre 1900 y 1950 y se triplica entre 1900 y 2000. Una aglomeración metropolitana de casi 500.000 habitantes revienta hoy la ciudad vieja pero no por su transformación en centro comercial moderno, a la manera de los BID (esos “distritos incentivadores de negocios”, que están convirtiendo los centros urbanos en centros comerciales, privatizando su uso y su gestión y seleccionando-excluyendo sus usuarios), sino que lo mata por episodios como el emplazamiento en la periferia muy cercana del Centro Comercial Nevada, el mayor de Europa y con seguridad, el mayor crimen urbanístico perpetrado en Granada hasta la fecha.

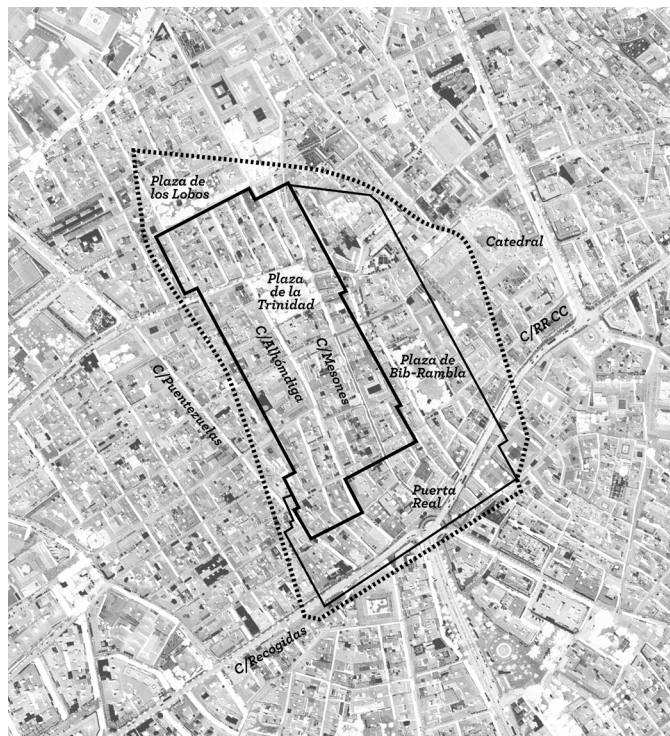


Fig. 2. Superposición de la parcela y la edificación (líneas punteadas y continuas respectivamente) del Centro Comercial Nevada sobre la ortofoto actual del sector comercial del centro de Granada.
Fuente: elaboración propia, 2015.

El sector Puerta Real-Trinidad no va a ser, afortunadamente, un BID pero, ¿qué procesos de cambio va a experimentar en los próximos 15 o 20 años? ¿Surgirán nuevas calles Caldererías con aromas asiáticos y africanos? Y ¿qué actividad residencial acompañará a ese nuevo comercio? Oficinas, residencia, estudiantes y turistas, ¿qué usos se van a desplegar en ese centro y qué nivel de exclusión va a representar su gentrificación? O ¿qué resultará de su pauperización? ¿Emergerá como barrio urbano vivo y cosmopolita, lugar de residencia y uso intenso de inmigrantes y estudiantes?

4. La calle bulliciosa

Cuando alguien pasea por la ciudad, la experiencia es más rica si el fragmento visitado forma parte de un imaginario de la ciudad completa. Aunque el paseo en sí, nos proporciona una imagen global –muchas ciudades pueden ser evocadas con mucha fuerza por una calle o un recorrido, por ejemplo de la catedral al castillo–, a la vez que resume la totalidad, denota el contexto “ausente” exterior al paseo, como un vacío que se inunda de la experiencia sensible de lo que se recorre.

La transformación histórica de las ciudades es operada gracias a esta transferencia de significados entre las partes y el todo, incidiendo en algunas

calles, plazas y/o barrios determinados. El Ring de Viena o los bulevares de París del Segundo Imperio son ejemplos de esta modernización de la ciudad desde la destrucción creativa de algunos elementos singulares de la ciudad que se convertirán en símbolos de modernidad. Cuando hoy se defienden estrategias de plan que pasan por acciones de proyecto diversas, se está dando continuidad a esta metodología de intervención en la ciudad que, desde la más remota antigüedad era adoptada para significar cambios de poder, un nuevo estatus de riqueza o afirmación de orgullo “identitario”. Es a esta capacidad de desencadenar un proceso global desde intervenciones parciales a la que se refiere D. Harvey (2008), cuando diferencia su trabajo sobre París, explicándolo desde un modelo de relaciones globales, físicas, sociales y económicas, del París de los pasajes de W. Benjamin, relatado desde iluminaciones puntuales.

La importancia de la fantasmagoría, de la imaginación, de la representación, mediatizando la experiencia sensorial del mundo material, en una ciudad como Granada, viene alimentada, cualquiera que sea el recorrido que hagamos, por esa referencia global de la ciudad histórica que une el imaginario árabe al de la capital europea de la Contrarreforma. Las colinas de la Alhambra y el Albayzín y sus inmediatos descensos al barrio del Realejo y a la Plaza Bib-Rambla, constituyen referencias topográficas inmutables, en las cuales se inscribe siempre cualquier narrativa parcial espacio-temporal. Como otras ciudades capitales de provincia, su centro histórico –que es toda la ciudad hasta 1950– provoca una fascinación de modernidad que aunque no sea comparable a la de la Viena de Schorske o al París de Baudelaire, ejerce un fuerte impacto en los visitantes de las pequeñas ciudades de su entorno regional y ofrece una representación intensa del pasado para turistas y ciudadanos.

K. Lynch nos enseña que vivimos en lugares que son espacios-tiempo y que la experiencia sensible de un lugar es más intensa cuanto más rico es en capas temporales. Y, en la búsqueda urbana de esta intensidad, ni se puede congelar el tiempo mediante una conservación rígida que pretenda atraparlo en las piedras, ni se puede activar el lugar desde una modernización salvaje que destruya la memoria. Los paseos son fragmentos narrativos que dan sentido al tiempo: no pueden ser una acumulación o sucesión de acontecimientos, monumentos, plazas, calles o barrios, sino una articulación de hechos que muestre el sentido de las diferencias y los cambios. Volveremos más adelante sobre esto.

En este sentido, estos paseos por Granada atraviesan muy diferentes nodos de espacio-tiempo: podríamos convenir en que, hasta 1970, los hitos urbanos de la ciudad eran los edificios de la administración y de una universidad en vertiginoso crecimiento, iglesias y conventos, los cines –desgraciadamente desaparecidos–, las cafeterías-salón, los hoteles y pensiones... La triste Granada post-lorquiana enlaza con la igualmente lúgubre pero solemne de la Contrarreforma, en un largo tiempo de muy lento ocurrir, hasta que la universidad, explotando masivamente de juventud en el umbral del final de la dictadura, llena la ciudad de un vitalismo moderno. Los bares y las viviendas de estudiantes, multiplicados, rellenan ahora el ámbito espacial de la nueva sociedad. Los poetas granadinos de “la nueva sentimentalidad”, podrían evocar este espíritu nuevo, el de un proustiano e ilustrado provincianismo.

En paralelo a la eclosión universitaria se produce el estallido del turismo masivo; un turismo que se mueve interesado en el sabor histórico de los lugares y, paradójicamente, contribuye a la construcción de lugares intemporales, ya que el urbanismo conservacionista habitual tiende a congelar el pasado y los lugares quedan así carentes de la tensión dialéctica que otorga al tiempo pasado su comparación con el presente y con el futuro. El paseo carece de emoción porque, al carecer el tiempo de aroma, en la secuencia de lugares no hay narrativa alguna (Han, 2015).

Y, acompañando a esta sociedad nucleada en torno a universitarios y turistas, también el comercio, los bares y los servicios personales— bancos, agencias, servicios profesionales...— se ocupan de impulsar la renovación de la ciudad, fundamentalmente la de las plantas bajas. Las tiendas y también los grandes almacenes, la actividad de ir de compras, configuran importantes lugares de sociabilidad. En estos años, a pesar de la crisis económica, aparecen los *malls* periféricos, entre los que Granada tiene el deshonor de disponer del ya mencionado Nevada, con licencia fraudulenta pero legalizada por la Justicia. Así, el centro histórico se ha convertido en un escaparate continuo, en planta baja, a la altura de los ojos del paseante, que es inducido a estar atento a la variada oferta de bienes de consumo y a no levantar la vista y la mente en una distracción improductiva. Incitación ubicua al consumo que también se extiende al exterior, a la calle, que resulta invadida por las terrazas: una apropiación privada del espacio público en los centros urbanos, en los que, al principio con mesura, aparecieron animando lugares de escasa frecuentación, hasta extenderse después más allá de lo tolerable.

En las terrazas, el paseante nómada se convierte en sedentario observador del bullicio que cabe contemplar desde su mirador. Es curiosa la tendencia de un fenómeno de emergente presencia, el de las máquinas de pasear, ese patinete en el que el “paseante quieto”, se mueve para mirar.

La mirada resbaladiza sobre los escaparates, la mirada efímera al que pasa ante la persona sedente en la terraza, el deslizarse en esos vehículos unipersonales con ruedas de goma, que como un atril parecen exhibir la autoridad del conocimiento de lo observado por sus viajeros pero que más se asemejan a los palets que mueven mercancías en los almacenes, son experiencias que nos remiten a la falta de rugosidad de la ciudad, a una carencia de gravedad, diría Chun, o de arraigo en los lugares. Acompañadas del hábito de captar imágenes para su envío instantáneo, la experiencia y el estímulo perceptivos de lo nuevo, de lo sorprendente, es sustituida por la descomprometida verificación de lo que ya se conocía antes de viajar, lo que se ha estudiado previamente en las guías de viaje o cuya visión ha sido recomendada.

Como alternativa a este atolondrado estar “blasé” en los centros históricos (por tanta información sin estructura, ausente de significado narrativo, por el intensivo uso comercial y los flujos masivos y errantes de las personas), emergen las estrategias económicas y urbanísticas de las *smartcities* que sitúan a la cultura creativa en el corazón de los procesos productivos. Con este discurso se incorpora la ciudad a la postmodernidad del e-capitalismo y se construye un nuevo marco para la intervención en los centros históricos en los que los museos, los espectáculos, el transporte público glamuroso, la seguridad ciudadana... constituyen el escenario en el que se representa la ciudad atractiva, con su brillante presente y futuro. A proyectar hacia el exterior una imagen de ciudad inteligente, se orientan los esfuerzos

de tantos gobiernos municipales y estatales, tras el empeño de su nominación de “Capital Europea de la Cultura”, a la que, por cierto, aspira Granada en 2030.

5. El parcelario y las calles para el automóvil

Desde la comprensión de estos procesos, cabría reclamar una renovada atención a la morfología de la ciudad histórica⁵, en cuanto a las intervenciones en sus tramas urbanas, que suelen renovar sus fachadas destruyendo el interior de la manzana, con escasa o nula consideración a la relación con las parcelas contiguas y a la manzana en su conjunto, sin atender a las posibilidades de enriquecer el paisaje urbano y la experiencia del habitar, de frenar los procesos de expulsión de la residencia de los centros históricos y de potenciar su disfrute sensorial, dotando de rugosidad a la interface calle-manzana.

Detrás de las fachadas hay ocasión de liberar espacios en desuso de parcelas profundas y disponerlos para usos público-comunitarios, en un desplazamiento inverso al de las terrazas. Estos patios o terrazas interiores suponen una penetración de lo público en lo privado, una ampliación de lo público, al menos en ciertas horas, que otorga nuevos valores de uso a las manzanas, que enriquecen así la línea de fachada con una porosidad anti-deslizante, que invitan a detenerse en el caminar tangencial de las aceras, que hacen más enmarañadas y sorprendivas las relaciones peatonales en la ciudad histórica.

Esta rugosidad añadida a la calle, con tales renovados adarves y enriquecimiento con nuevos usos del tejido residencial, es la operación inversa a los *sventramenti* que proponían las vías arteriales perforando los centros históricos. Estas grandes vías para el tráfico vienen a ser como túneles de paredes lisas, sin conexión con las fachadas y con ruptura de la forma de las manzanas, parcelas y calles de los barrios atravesados. Cuando estas penetraciones no van acompañadas del aparato financiero-comercial que reconstruye la ciudad a otra escala, como la “destrucción creativa” que cabe atribuir a las reformas del París de mitad del XIX, se quedan en destrucción a secas.

La trama de calles desde las que percibimos y sentimos la ciudad histórica está, como se ha dicho, muy marcada por el uso comercial. Ya el Plan de Granada de 1949, zonificaba la ciudad de manera que el corazón del centro histórico era entendido como “zona comercial” (con alturas máximas de 24,50 m para calles de ancho mayor, de 21 m para las de ancho entre 12 y 20 m...), mientras que sus entornos, al oeste de Puentezuelas y al sur de San Matías, eran considerados también casco antiguo, pero “zona intensiva alta” con altura máxima de 17,50 m para las calles de 12 a 20 m y de 21 m para las calles de más de 20 m de anchura (¿se entiende así mejor lo que supone el *zoning* como incentivo para la renovación urbana y el ensanche de las calles, como el proyecto de prolongación de la Gran Vía a través de San Matías, del que ahora se hablará?). Como se ve, a cada zona le es de

⁵ En el Laboratorio de Urbanismo de Granada, la arquitecta Celia Martínez Hidalgo, con la colaboración de Lidia Y. Leung, continúan una investigación sobre las transformaciones de las alineaciones de calles y las modificaciones parcelarias en el centro histórico de Granada a partir de los planos del catastro del Instituto Geográfico Nacional, de 1867, de 1909, en el entorno de la Gran Vía y de 1950, para las zonas de expansión del centro histórico, a partir de la tesis doctoral del prof. Mario Ruiz Morales.

aplicación una particular ordenanza de altura de edificios según la anchura de sus calles. El parcelario es desconsiderado en la ordenanza, solamente atenta a garantizar unos mínimos tamaños de los patios de ventilación. Y, antes de ese momento, las alineaciones habían sido el único instrumento regulador, desde mediados del XIX. Como se decía antes, la pregunta de qué hay detrás de las fachadas se encuentra con el dibujo, en el suelo de la ciudad, del mapa de propietarios y contribuyentes, con sus atributos de poder y resistencia o disponibilidad para los cambios y, según tamaños y forma de las parcelas, de capacidad de adaptación a usos y actividades cambiantes.

Finalicemos con una referencia a una experiencia proyectual que articulaba las nociones de itinerario o paseo urbano con la de morfología parcelaria. Se produjo en el marco de la convocatoria de un concurso nacional de ideas convocado por el Ayuntamiento de Granada en 1976 para la remodelación del barrio de San Matías de manera congruente con la prolongación a su través de la Gran Vía, proyecto que había sido formulado a principios de los años 50. El concurso era una respuesta a la oposición del colegio de Arquitectos de Granada a dicho *sventramento* del barrio. Desde el Laboratorio de Urbanismo de Barcelona, dirigido por el arquitecto M. de Solà-Morales se propone un proyecto⁶ que no figuró entre los premiados. En la memoria, en un panel de la propuesta denominado “A la Alhambra por Santo Domingo” se explica:

“Desde la Alhambra al antiguo Campillo, junto al Darro, se definieron las posiciones y el sentido urbano de los arrabales en las laderas del Mauror. Las distintas tramas urbanas (Antequeruela, Realejo, Judería, Manigua,...) se organizan como sistemas particulares de preparación del monte para la edificación, terraplenando en formas específicas caminos y desagües sobre las topografías y parcelando el suelo en consecuencia. Por Santo Domingo, la traza de la muralla primero y, luego, las propiedades eclesíásticas y señoriales, han configurado una secuencia de grandes elementos de borde, con sus parcelaciones anexas, al modo de lo que hoy cabría entender como itinerario urbanístico entre Bib-Ataubín... y los altos de la Alhambra.

Se trata, propiamente, del camino urbano a la Alhambra, o del descenso desde ella sobre toda la trama de la ciudad. A diferenciar de la conexión umbilical por la cuesta de Gomérez... o del acceso rodado... por la Antequeruela Alta, llegando tras el campo de los Mártires... La propuesta busca recrear la interrelación Granada-Alhambra, apropiando el monumento para la ciudad y haciendo, de nuevo, de Granada la ciudad de la Alhambra”.

Como se ve, se trataba de un proyecto que desviaba la atención de la Gran Vía hacia un itinerario o paseo, capaz de rehacer la significación entera de la ciudad. Valorando el itinerario como criterio útil para ordenar parte importante del sector de

⁶ La propuesta para el concurso de San Matías en Granada fue elaborada en 1976 en el Laboratorio de Urbanismo de Barcelona, por M. de Solà-Morales, J. Busquets, A. Font, M. Domingo, J.L. Gómez, A. Martín y E. Serra.

Santo Domingo a través de la secuencia de espacios abiertos que se van desplegando en el descenso de las cuestas del Realejo, gozando de la visión uniforme de los tejados y la vega.

Y, respecto al parcelario y la fábrica urbana, atiéndase a otro panel justificativo de la propuesta titulado “El núcleo de San Matías como edificio unitario”:

“...La calidad y el interés urbano del agregado como arqueología urbanística hace recomendable su mantenimiento como unidad morfológica fundamental en la comprensión y en la forma de la ciudad. Las singulares condiciones urbanísticas a que ha estado sometido este sector afectado por la prolongación de la Gran Vía durante más de veinte años, obligan a una actuación decidida y de gestión pública, para conseguir su recuperación y su reincorporación a la ciudad. Además, la específica organización de esta área... con una distribución de suelo irrigada por canalículos muy delgados y con una ordenación de la edificación en la que perdura la importancia del patio central en la parcela, confieren a esta trama un valor prácticamente exclusivo. Es a partir de esta disposición permanente e históricamente adaptada, que sería posible la rehabilitación global del mismo como residencia colectiva. La unión de las fincas y casas fundiendo el dominio y la gestión...permite reestructurar todo el conjunto en unidades superiores. Una nueva combinación de los espacios construidos aprovechando el orden de los patios interiores y reinterpretando las callejas como calles ciegas o *darbs*, permitiría la persistencia y reutilización de estos elementos de arquitectura tan singulares...”.

Sí, en aquellos años estábamos inmersos en la cultura urbana que renacía tras las ruinas del funcionalismo, el “estatalismo” economicista y las infraestructuras del desarrollo, en aquel post-68 del estado del bienestar. Pero qué bien que suena todavía, cuarenta años después, cuando todo lo que se nos ocurre en las ciudades históricas es el *calming traffic* y la conservación de las fachadas de la apariencia. ¿Memoria histórica sin memoria colectiva? Rostros sin nombre ni identidad, seré *come tu mi vuoi!*

Y para identificar esos rostros, para construirlos intensos, con raíces en el pasado y fuerte potencial futuro, afirmemos, como Voltaire, al finalizar su Cándido, “lo que importa... es cultivar la huerta”. Cabe trabajar apasionadamente en el reconocimiento de las formas físicas, y de los procesos sociales con ellas relacionados, en su descubrimiento singular en cada una de nuestras ciudades.

Resulta relevante insistir en que el artículo pretende contribuir a que, en nuestras escuelas de arquitectura, la enseñanza de la historia urbana y el proyecto urbano, así como la enseñanza y la investigación, estén más profundamente imbricados y sugiere algunas herramientas metodológicas y criterios didácticos para la transmisión de la complejidad de la ciudad a estudiantes y futuros profesionales.

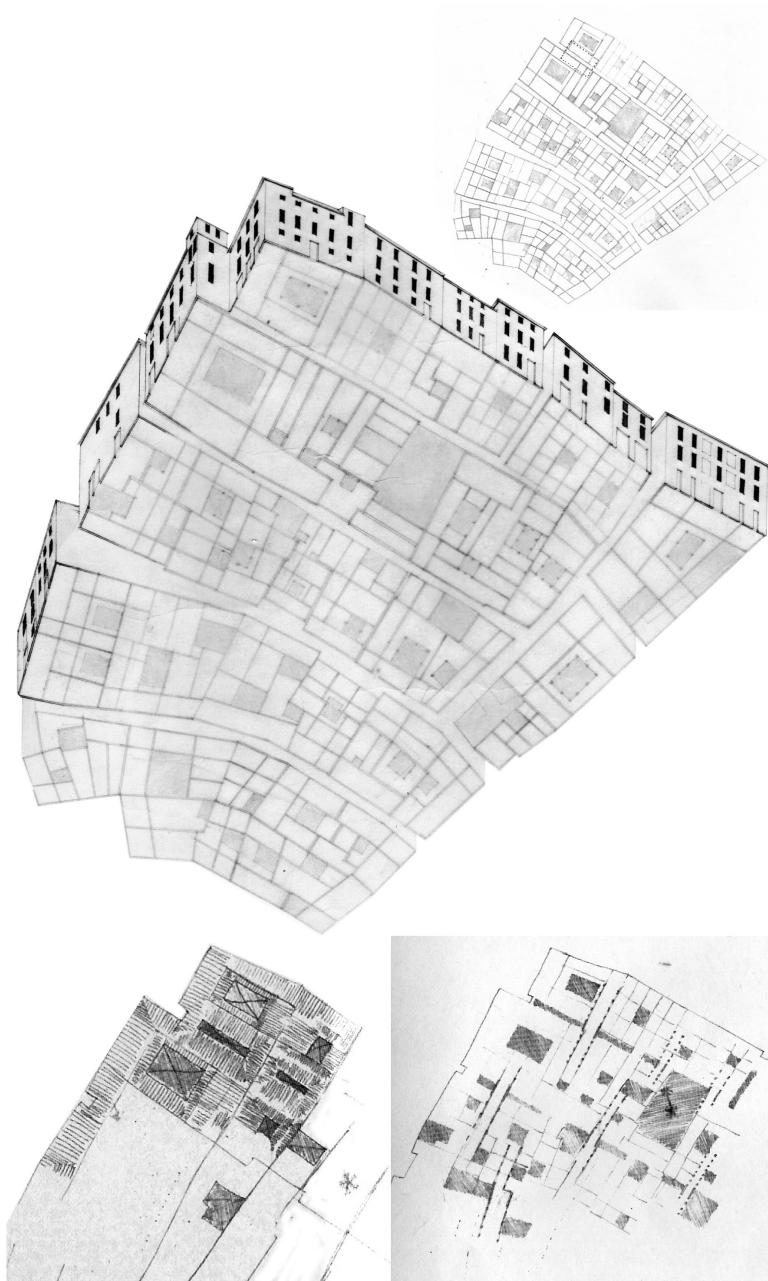


Fig. 3. Propuesta presentada al Concurso del Barrio de San Matías, Granada 1976.
Fuente: Laboratorio de Urbanismo de E.T.S. de Arquitectura de Barcelona. M. de Solá-Morales, J. Busquets, A. Font, M. Domingo, J.L. Gómez, A. Martín y E. Serra.

6. Bibliografía

- ANGUITA CANTERO, Ricardo (1997): *La ciudad construida; control municipal y reglamentación edificatoria en la Granada del s. XIX*. Diputación Provincial de Granada, Granada.
- ARGOTE, Simón de (1805): *Nuevos paseos históricos, artísticos, económico-políticos, por Granada y sus contornos*.
- BARRIOS ROZÚA, Juan Manuel (1998): *Reforma urbana y destrucción del patrimonio histórico en Granada*. Universidad de Granada y Junta de Andalucía, Granada.
- CALATRAVA ESCOBAR, Juan (2013): *La arquitectura y el tiempo: patrimonio, memoria, contemporaneidad*. Abada, Madrid.
- CALATRAVA ESCOBAR, Juan y RUIZ, Mario (2005): *Los planos de Granada 1599-1909: cartografía urbana e imagen de la ciudad*. Diputación Provincial de Granada, Granada.
- GÓMEZ ORDÓÑEZ, José (1998): “Francisco de Coello y las escalas del Estado” en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, núm. 169, pp. 357-364. Disponible en: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1213354>.
- GONZÁLEZ, J.A. y CALATRAVA, J. –Eds.– (2012): *Memoria y patrimonio: concepto y reflexión desde el Mediterráneo*. Universidad de Granada.
- HAN, Byung-Chul (2015): *El aroma del tiempo: un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Herder.
- HARVEY, D. (2008): *París, capital de la modernidad*. Akal.
- ISAC MARTÍNEZ DE CARVAJAL, Ángel (1992): “La reforma burguesa de la ciudad desde sus inicios hasta Gallego Burín (1850-1951)”, en *Nuevos Paseos por Granada y sus contornos*, vol. 1. Caja General de Ahorros de Granada, Granada, pp. 373-390.
- ISAC MARTÍNEZ DE CARVAJAL, Ángel (2007): *Historia urbana de Granada. Granada*. Diputación Provincial de Granada, Granada.
- JUAN VELÁZQUEZ DE ECHEVERRÍA, Fray (1768): *Paseos por Granada y sus contornos o descripción de sus antigüedades y monumentos*.
- JUSTE, Julio (1995): *La Granada de Gallego y Burín, 1938-1951*. Diputación Provincial de Granada, Granada.
- KARAN, Isidora (2015): *Los lugares intensos en las ciudades de Bosnia-Herzegovina*. Tesis doctoral, Universidad de Granada.
- LÓPEZ, J.J. ; MUÑOZ, G. y CALATRAVA, J. (2000): *La Granada de Carlos V: dos paseos para descubrir una ciudad del XVI*. Universidad de Granada.
- RICOEUR, Paul (2003): *La memoria, la historia, el olvido*. Ed. Trotta, Madrid. (Trad. A. Neira).

- SÁNCHEZ-MESA MARTÍN, D. ; TITOS MARTÍNEZ, M. y AMO HERNÁNDEZ, V. del (1993): *Nuevos paseos por Granada y sus contornos*. C. General de Ahorros.
- SOLÀ-MORALES, M. (1994): *Ciudades cortadas*. (Artículo publicado en 2008, en el libro *De cosas urbanas*, G. Gili, Barcelona).
- VIÑES MILLET, Cristina (1987): *Historia urbana de Granada. Su evolución hasta fines del s. XIX*. Diputación Provincial de Granada, Granada.

